

IV
EL ARTE

En otra época, en tiempos de la luz pura, la antigua poesía hablaba á la antigua naturaleza; el verso alado, altivo, sublime, ingenuo, asemejábase á un ave, á la que las otras reconocían, á la que el águila acogía con un:—¡Eres tú! En las nubes, las copas de los bosques, lentamente agitadas, los antros, las rocas, los lirios y las olas del mar hablaban con Orfeo, el de los serenos ojos; las cosas comprendían el cántico profundo de los hombres; el tallo ofrecía sus flores; la rama ofrecía sus frutos al dulce mago Lino, embriagado por la musa; cuando cantaba Homero, el sagrado mendigo, el viejo Término, enternecido, se volvía sobre los mojones, y la cabra, el cordero, el buey de largas astas y la vaca de hinchadas tetas que arrancaba con sus dientes el verde césped, distraídos alzaban la cabeza por encima de las malezas y, deslumbrados por un divino fulgor, avanzaban, para ver pasar por la hondonada, llena de risas, de cánticos, de máscaras y de espigas, el viejo carromato loco que paseaba á Thespis.

II

LA CANCIÓN DE SILENO

Al salir de su choza silvestre, verde asilo, dos lindos muchachos, el pastor Mnasilo y Cromis, han visto á Sileno dormido en lo profundo de una gruta, solo y, como siempre, borracho más que á medias. Sus cintillas de oro desenrollábanse en el antro; su cántaro estaba roto y yacía sobre el vientre. Los muchachos aprovecharon la ocasión para apoderarse de él. Con la cintilla sujetaron al dios, viejo cantor que más de una vez no cumpliera con ellos su palabra.

Egle, la hermosa ninfa; Egle, la hermosa loca, surge, les anima y redobla los nudos; y, aún cuando ya el anciano vuelve á abrir los ojos, le pinta el rostro, en medio de las risas, con la encarnada sangre de las moras aplastadas.

Él despierta y sonríe.

—Dejadme libre, amigos, y oiréis las canciones que os prometiera; aceptad el rescate que os ofrezco; para vosotros tengo canciones, y otra cosa para ella.

Y luego, empieza y canta.

Entonces, al oír aquella voz, se vió como los gamos, los lobos y demás animales del bosque, se con-

fundían con los silvanos en una extraña danza, y como las pensativas encinas agitaban cadenciosamente sus frentes, cuya sombra cae á lo lejos en el valle. La roca del Parnaso está menos orgullosa de Apolo cuando su cántico llega al Olimpo, á ráfagas, y el Ródope y el Ismaro no escuchan tan atentamente á Orfeo.

1843.

III

Un horizonte sucede á otro; siempre avanza el espíritu y el arte se renueva. Aquí están los grandes hombres, semejantes á grandes pródigos, para rehacer sin cesar, con luz, una dote de obras maestras para el mundo espantado. Ya podemos formar leyes, alzar diques. El genio se traga todo lo que hacemos bajo el espléndido amontonamiento de inmensas florescencias. En su camino sin fin, nada detiene su marcha; hace Roma después de Tebas, la cúpula después del arca; hace el Coliseo después del Partenón. Muere Homero, dejándonos su nombre, como un astro; síguele Esquilo; Francia se muestra cuando Roma espira; surge luego Rabelais; nace Cervantes; brilla Shakespeare, y estos hombres se asemejan á océanos. El coloso recién nacido asusta á los viejos gigantes; Dante asusta á Amós; Miguel Angel intimida, con sólo alzar la cabeza, á la gran pirámide, y, desde Apolo griego á la Esfinge egipcia, hace estremecer al arte antiguo ante el arte nuevo.

IV

Rendido bajo el peso del sombrío destino, Homero espira; dice Virgilio:—¡Dichoso quien sabe el fin!—Ser ó no ser, he ahí la cuestión,—exclama Shakespeare. Esquilo, cuyo verso es una función; Píndaro, frente donde se agita el sombrío enjambre de la oda; David, Ezequiel, Estesicoro, Hesiodo, susurran, cual susurran con el viento los ramajes tenebrosos; Iditun, Salomón, Juan, Isaías, Amós, con las palmas de sus manos en las páginas de las biblias, avanzan como envueltos en terribles torbellinos; el rayo llévase á Dante y la bruma á Osían... Y el espíritu humano tiembla como un océano cuando los problemas negros, que los delirios soplan, desencadenan en la noche la tempestad de las liras.

V

La expiación triste y la suerte, nudo de hierro, el dolor, la materia odiosa y la carne, encierran al hombre, espíritu cautivo, alma esclavizada, y son la reja negra y dura de la vida. Pero escúchese arriba este grito:—¡Paz al pecador!, que de lo alto de los cielos descienda una blancura, y de repente la carne, cuya pesadez rinde, la áspera expiación, la ma-

teria implacable, el destino y el dolor pondranse á cantar, y, vibrando en aquella sombra, en la que el alba va á surgir, ante el respiradero en que el hombre intenta leer, aquellos barrotes se tornarán las cuerdas de una lira.

VI

Cuando el poeta, ese gran espíritu desterrado, á fuerza de azotar con su inmensa ala el infinito, está cansado, cuando experimenta la necesidad de interrumpir su carrera entre la muerte, fin sombrío, y Dios, manantial fatal, no pudiendo cernerse, sino sólo bogar, sideral y soberbio, se posa por un instante sobre cualquier pasión corriente y popular; semejante al águila blanca, cazador del cielo polar, relámpago y torbellino que, cual otra ave, se deja caer fatigado en las vergas de un navío.

VII

Cuando todo un continente tiembla bajo la acción de un soplo eléctrico; cuando de la triste Europa ó de la áspera América se ve brotar la centella; cuando la humanidad grita en su amarga angustia y se oye, como semejante al vientre de la madre, la sombría tierra se estremece.

Sabed, lívidos transeuntes, cuyo rostro veo, que el águila Poesía, la de las vastas alas, se asusta poco de esta convulsión; nunca es tan altiva como en el choque de la catástrofe, como cuando hace descender la avalancha de estrofas del viejo monte Revolución.

Cobija los Juan Huss como los Dantes. Sabed que en la tromba, y sobre los mares rugidores cernióse siempre esa ave, y que, sin siquiera sentir las sacudidas, iría á poner su nidó y á retorcer musgo con su pico en el cráter mismo del Etna.

Tranquila, coge el huracán en sus garras y le doma; es el espíritu humano; vuela, se cierne, sube en el rayo y en la claridad, tendiendo una tras otra sobre la enorme fragua el ala ochenta y nueve y el ala noventa y tres, inmensa en la inmensidad.

1.º agosto 1854.

VIII

A la hora en que el cielo está negro, en que el astro es claro; cuando las nocturnas visiones flotan en el espacio, semejantes á torbellinos paseándose á lo largo de las costas; cuando los hombres reposan en su lecho lleno de sueños, Dios les abre el oído y les habla en voz baja. Les dice lo que han de saber; de qué modo ha de marchar el justo en la sombra de la vida; grande, evitar el orgullo, y, pequeño, huir de la envidia. ¡Oh! ¡Estremeceos todos

aquellos á quienes esa voz advierta algo! ¡Escuchadla con atención! Dios no habla sino una vez y jamás repite lo que ha dicho.

Esa es la voz que, temblorosos, oísteis en otro tiempo. ¡Oh profetas!, ¡espíritus que pensáis en el desierto!

Y esa voz es tan pronto el rayo como un concierto.

IX

¡Oh! mientras que ese rey, destruyendo murallas y palacios, cañonea esa pobre población con sus negras balas, tú, inteligencia, levanta tu tienda en ese campo lleno de rumores vulgares, y entre el estrépito de los combates, calcula, tú, á quien Dante hubiera tomado por compañera, calcula qué máquina guerrera, qué cañón y qué ejército enorme serían necesarios para derribar la torre construída en tu pensamiento.

1870.

X

A UN POETA

Cuando caminas, distraído, por la ciudad en la que todo pasa, en la que lucha una turbamulta áspera, ciega y rapaz, entregas tu pensamiento á las visiones tranquilas; pareces escuchar, bella alma á que se envidia, del otro lado de la existencia, vagas aclamaciones.

Si; la posteridad que tu gran nombre despierta, y que desde ahora murmura á tu oído, ¡oh grande hombre! ¡oh pensador! sabe ya que vives. Ella ve que todos tus versos apuntan á su origen; todo lo que tu espíritu sueña, prepara ó imagina, es visible para sus ojos encantados.

¡Oh poeta profundo á quien se sigue y se venera!
¡La obra está aún oculta en tu severo espíritu, escondiendo en la noche sus rayos graves y bellos, y, todavía en la sombra ya, la gloria la distingue; la gloria, astro tardío, luna sombría y serena que se levanta sobre las tumbas.

¡La gloria ve tu sueño! ¡y su nocturna claridad, como en otro tiempo, Febe, en el bosque taciturno, besa á Endimión con su rayo amigo, desde el fondo del porvenir acaricia con misterio, al través de las

ramas de tu austero pensamiento, á la obra maestra aún dormida!

29 diciembre 1841.

XI

¡Vergüenza sobre el vano filósofo, sobre el artista inútil que no pone su sangre y su corazón en el estilo suyo! ¡Vergüenza sobre el sofista que se sienta en el umbral de las virtudes, que comenta á Platón sin meditar sobre Bruto! ¡Vergüenza sobre los que, calurosos, adoran la patria, haciendo de su cariño pública y entusiasta idolatría, y que, llegada la hora del abismo y del peligro, no la aman hasta el punto de sufrir por ella el destierro! ¡Vergüenza sobre el tribuno que grita al pueblo que le siga, y que se siente en el alma un cobarde apego á la existencia! ¡Vergüenza sobre el orador que dice:—¡Progreso!, ¡humanidad!, ¡porvenir!, sin querer el calvario al lado! Pueden por un instante encantar á Atenas ó á Roma, engañar á Esparta; la antigua honradez del hombre, que regatea la gloria á los luchadores poco heridos, refunfuña y no es tan cándido que se deje seducir, y muestra sus escritos, clavados en su mostrador cual moneda falsa; y el tiempo, ese viejo pensador de oro que juzga y paga, que dice á uno:— ¡Siempre! y á otro:— ¡Bastante!, no admite en su taquilla sus nombres llenos de cardenillo.

XII

Á UN GRAN ACTOR

¡Ve, sé el mensajero de los poetas sublimes! Lleva el alma humana á sus augustas cumbres. Anda como el que regresa del Citerón; haz estallar su voz ante la multitud agolpada; toma su pensamiento como un clarín.

¡Sé Otelo, Macbeth, Titán, Orestes, Aquiles! ¡Sé la aparición de Shakespeare y de Esquilo, el fantasma que estos pensadores hacen salir del infierno, la creación sombría en que su llama resplandece! Ellos son el alma de éstos; sé tú su carne.

Coge á los dioses cuerpo á cuerpo. Conquista esos vastos papeles que hacen inclinarse al débil de flacos hombros. Transfórmate, crece en nuestras emociones. ¡Sé el gigante, sé el águila de alas inmensas, sé el rostro de las visiones!

Vaga con Yorik junto á las fosas abiertas. Busca con Calibán las verdes soledades. ¡Sé caballero, lacayo, sacerdote, emperador, verdugo; doquiera, arriba, abajo, que un espíritu te acompañe! Sé Carlomagno y Fígaro.

Inventa traduciendo. Lucha con las ideas de los

poetas, sembradores de las almas fecundadas. Lucha con sus bellezas, que nos encantan. ¡Ase, doma á esas bellezas soberanas, hazte servir por esas reinas!

Sobre el verso temblón, lleno de trágicos odios, que se retuerce en el negro umbral de las pasiones humanas, compuesto de ideal y amasado con barro, yérguete formidable, deslumbrador, extraño, como el arcángel sobre el demonio.

Sacerdote de los dioses del arte, llena de su genio al pueblo de los mil ecos que de ellos se burla y reniega. Esparee tu alma en olas sobre el hombre sonriente; porque gastándola siempre, siempre está entera. Sobre la materia vierte el espíritu.

28 julio 1847.

XIII

Quando yo era un niño, al salir de la retórica, enviaba á los periódicos prosa lírica en honor de los gigantes del sombrío espíritu humano; trataba de explicar su fin y su camino, con qué paso marchaban y hacia qué luz; lo que hacían; por qué la Biblia es la primera y á ésta siguió la Iliada; y decía por qué Moliere, semidiós, está por encima de Corneille rey; lo que es Milton; por qué yo no era ateo; al genio; y por qué razón admiraba el *Prometeo*; por qué contemplaba á los espíritus resplandecientes, poetas, oradores, sabios. Luego, instantes había en los que, rompiendo mis inquietas plumas, exclama-

ba:—¿A qué celebrar en prosa a los poetas, alabar la inmensidad, el azul, las profundidades? ¿Se puede dorar la llama y engrandecer la grandeza? ¡Cantar á Homero en estilo de á treinta sueldos la página! ¡Zurcir un panegírico, inútil estrépito, colgar mi alabanza de vidrios de colores del rey Priamo, gigante del antiguo dolor, de Job, de Jeremías, de Dante, de tí, Shakespeare, del viejo Esquilo, en quien el viejo Titán respira! ¡Decir al genio en la columna de un periódico:—¡Bendito seas! ¡Ensalzar á aquellos escritores de un gran libro infinito, de los cuales la multitud desconoce hasta su ortografía; colgar una araña de vidrios de botella del enorme y flamígero anillo de Saturno!

Y por lo bajo decíame una voz:

—¡Oh creyente! El cielo te ha puesto en el alma una lira ingenua; no, no te detengas; obrás bien, continúa. Admira. Así es como se llega al firmamento. Comprender al genio es el principio. El espíritu religioso, en el mundo en que vivimos, esboza el himno á Dios con un himno á los grandes hombres. Los grandes hombres, niño, son los reflejos de Dios. Son la ardiente rueda en torno del sombrío eje. Arrojan, desde lo alto de su candente solsticio, el uno la verdad, la justicia el otro, aquél la sabiduría y todos lo infinito. El pensador que, unido á su esplendor, desde abajo, intenta la ascensión de la cumbre austera, ve en todos esos espíritus los escalones del misterio, en cada uno de ellos siente al ser desconocido que vive, va de lo mortal á lo eterno, sube del poeta al profeta, del sabio al apóstol, y, ascendiendo paso á paso de una claridad á otra, deletreando el santo nombre en cada frente roja, forma con los rayos una escalera que conduce al sol.

1.º febrero 1855.

XIV

El exámetro, con tal de que, rompiendo la cesura, muestre el pensamiento y guarde la medida, vuelva y marcha; se retuerce, se arrastra, se pone en pie. El verso cortado contiene todos los tonos, lo dice todo. Es lo que hace que Horacio encante cuando se le lee. Su flexible dedo toca á la vez á toda la lira.

XV

¡Cantad, dulces poetas! En vuestros nidos, bajo el follaje, la aurora os sonríe aún al declinar de los años. ¡Sed los únicos cuyo amor quiera dorar los blancos cabellos!

El poeta es un cántico que vuela hacia nuestro oído; vive en un rayo; niño, es Platón besado por las abejas, y, anciano, Anacreonte.

¡Oh poetas! ¡Vivid, amad, agitad las alas, radiantes y ocultos! ¡La dicha os invita á su fiesta eterna...! Pero, si os acercáis

á las revoluciones enormes y severas, fiero caos, abismo obscuro, en el que todas las cimas tienen la forma de calvarios, ¡renunciad al azul!